

El Palancar: Austeridad y juvenil Pascua franciscana

Cada Semana Santa 300 jóvenes conviven en el pequeño monasterio

Cada Pascua desde hace cinco años, la vida del recoleto convento de El Palancar se altera. El silencio de la soledad del campo, el sonoro trino del ruiseñor en la huerta y el tenue murmullo del viento, arriba en la sierra, sobre el alcornoocal, acaban ahogados por el bullicio de cientos de jóvenes de Extremadura y de Andalucía que acuden a vivir con la comunidad franciscana una experiencia poco común.

El pequeño convento abre sus puertas para acoger, con la austerioridad característica de la orden franciscana, a la juvenil legión que desde el Jueves Santo al domingo de Resurrección ocuparán salas, corredores y otras estancias convertidas en improvisados dormitorios. La participación en las celebraciones religiosas y en los ritos litúrgicos hacen que la comunidad juvenil viva al unísono la verdadera dimensión cristiana de la Semana Santa.

Reunir a 300 jóvenes para conmemorar la Pascua en un retirado convento bajo el signo de la austerioridad no parece tarea fácil. Hacer que esta iniciativa se mantenga con éxito durante cinco años tampoco parece cuestión baladí. Sin embargo, esto es lo que viene sucediendo en el pequeño convento de El Palancar, situado junto a Pedroso de Acim, en la umbría de la sierra de Cañaveral.

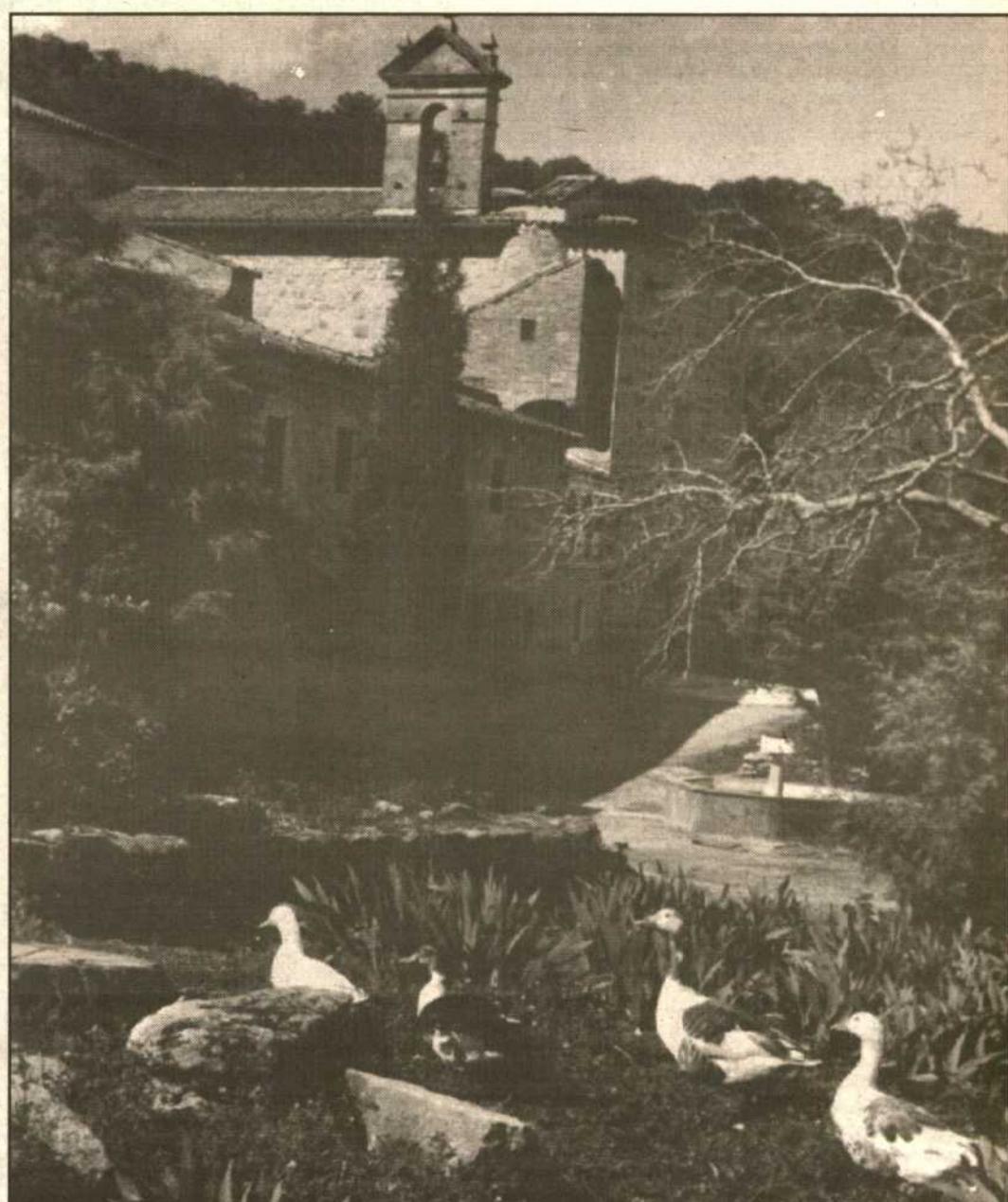
Fundado por San Pedro de Alcántara, el pequeño convento, escondido en un paraje de canchales y alcornoques, se muestra hoy al viajero rodeado de cruces de madera que brotan, inverosímiles a veces, entre las ásperas rocas, abajo en la hondonada de la huerta conventual, o de entre los olivos y alcornoques. Son las mismas que, fabricadas en el monte por los jóvenes que acuden a

celebrar la Pascua serán transportadas hasta la sobria iglesia del cenobio donde presidirán la liturgia del Viernes Santo.

A El Palancar llegan cada año, desde hace cinco, jóvenes de Extremadura y de Andalucía. Huelva, Sevilla y Córdoba, Badajoz y Cáceres son las provincias de donde proceden. En todos los casos existe una estrecha relación entre los lugares de procedencia y la implantación de la orden franciscana.

"Nosotros queremos que se mantenga un poco el tono de austerioridad del convento, así que son acomodados austamente; los corredores, el antiguo comedor y otras salas se llenan de colchonetas, los jóvenes reconocen que duermen incómodos dos noches pero también que quieren vivir ese tono de espiritualidad del lugar. Creo que esto es muy valorado por ellos; pasar unos días alejados de la sociedad de consumo y vivir la Pascua más hacia adentro, integrados en la pasión de Jesús, con una cierta espiritualidad y tono individual interior". Así expresa el padre Joaquín Domínguez, dedicado dentro de la comunidad franciscana a la pastoral de juventud y uno de los coordinadores de esta iniciativa como viven los propios jóvenes estos días en El Palancar.

Este año la Pascua de El Palancar se celebra en torno al lema "Jesús es la verdad". "En nuestra Pascua, precisa el fraile franciscano, hay una cierta inspiración con el movimiento de Taizé; aquí tratamos de vivir una liturgia sencilla, con pocos medios, muy a tono con el lugar y dentro del espíritu del movimiento ecuménico de Taizé, teniendo mucho contacto con el suelo por-



que pensamos que esto entraña muy bien con el espíritu alcantariño y franciscano".

Los jóvenes—de ambos sexos y de entre 17 y 18 años en su mayoría—llegan a El Palancar en la mañana de Jueves Santo. Tras el revuelo inicial—"la llegada es muy festiva porque se conocen y se cantan cantos en el atrio, se abre la puerta de la iglesia y se entra", dice el padre Antonio, un simpático malagueño que residen en el convento—el acomodo de los peregrinos por todo el cenáculo, la formación de grupos de trabajo y de los turnos de servicios, los oficios religiosos de

la tarde abrirán la liturgia religiosa de la Pascua.

En la mañana del Viernes Santo los jóvenes se esforzarán en fabricar una gran cruz en el monte cercano. Desde allí, en comitiva la trasladarán hasta la puerta de la iglesia. Ya en la tarde se realizará el vía crucis y la adoración de la cruz. Entrada a hombros y custodiada por los frailes, será llevada ante el altar. Allí postrados unos y otros, cumplirán con el rito. Pero no todo es oración y liturgia en El Palancar. El trabajo de talleres, las reuniones y debates en pequeños grupos completan la agenda de estos tres días. Salvo los oficios religiosos y el descanso nocturno, la vida se hará en la explanada exterior, sobre la huerta.

El Sábado Santo el día discurre entre oraciones y reflexiones; entre el vía crucis por el lugar, los preparativos de la iglesia para la vigilia y misa pascual de la noche y el rito de la siembra del trigo. En este, los jóvenes introducen sus testimonios escritos sobre papel en un simulacro de sepulcro. Quemados por el fuego —siguiendo la evangélica frase de que le grano de trigo debe de morir para dar fruto— este rito será el símbolo que predominará hasta que llegue la vigilia pascual. La primera parte de esta ceremonia discurre fuera del templo. Hasta sus puertas llegarán en procesión los jóvenes con velas, junto al cirio pascual encendido en el fuego bendecido. Terminada esta, la noche será una algarabía, una fiesta de cantos a la espera de la llegada de los autobuses que trasladarán de nuevo a los jóvenes a sus destinos de origen... hasta otro año. Porque como dice el padre Joaquín, ellos mismos son los mejores propagandistas.

En todos los casos existe una estrecha relación entre los lugares de procedencia y la implantación de la orden franciscana.

Texto:
A.S.O.

